

MUJERES
BRUJAS
PODER

AQUELARRE
(THE COVEN)

LIZZIE FRY

OPRIMIDAS
PERSEGUIDAS
LUCHAREMOS

minotauro

AQUELARRE
(THE COVEN)

LIZZIE FRY

minotauro

Título original: *The Coven*

© 2020 Lizzie Fry

©Traducción de Simon Saito Navarro, 2020

Publicado por primera vez en inglés en Reino Unido en 2020 por Sphere,
un sello de Little, Brown Book Group, Londres

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0966-6

Depósito legal: B. 325-2021

Preimpresión: Ediciones del Simio

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PRIMERA PARTE

Viernes, 6 de marzo

UNO

Texas, EE. UU.

Adelita recobró el conocimiento con la violencia de un tren bala. No estaba y un instante después había regresado, sin un paso intermedio.

Abrió los ojos y la realidad la invadió a través de los sentidos. Tardó un poco más en ver con nitidez el espacio donde estaba. Las cortinas de poliéster revolotearon cuando una silueta pasó por delante de la ventana. Oyó el zumbido de una máquina de Coca-Cola que había fuera y el sonido del dispensador de hielo mientras la silueta llenaba un cubo. Estaba tumbada en una cama de matrimonio con las sábanas sucias. A su lado había una cumbre mesilla de noche de formica; no hacía falta que abriera el cajón para saber que dentro había una biblia. Estaba en un motel de carretera barato. ¿Cómo había llegado allí?

Adelita no fue capaz de levantarse con la misma inmediatez con la que había despertado. Estaba exhausta y las extremidades le pesaban como si fueran de plomo. Se examinó como médica que era. Tenía los brazos y las piernas amoratados y restos de sangre en las uñas. Le temblaban ligeramente las manos y los hombros y el corazón le aporreaba el pecho.

Se tomó el pulso en la muñeca y rápidamente se dio cuenta de que el corazón le latía a más de cien pulsaciones por minuto. Advirtió unos puntitos luminosos flotando en el aire a pesar de que la habitación estaba en penumbra. Lo primero que Adelita

habría pensado es que estaba de resaca después de dos días de juerga ininterrumpida, pero, a pesar de las lagunas que había en su memoria, sabía que llevaba mucho tiempo sin probar el alcohol. ¿Qué demonios había pasado?

—¡Hostia puta!

¿Quién había hablado? De repente el pánico se apoderó de ella y le dio un vuelco el corazón. Era una voz masculina, un gruñido grave procedente del baño de la habitación. Desde la cama no podía ver el interior del cuarto de baño para identificar al dueño de la voz ni tenía la más remota idea de quién podía ser. Una multitud de caras, la mayoría masculinas, se sucedieron dentro de su cabeza y le vinieron a la mente una serie de nombres: Elinor... Maddie... Claire... Yukio. Había estado con esas mujeres, las conocía. Pero ¿cómo? ¿Dónde? Su cerebro echaba humo mientras intentaba concentrarse, pero estaba demasiado cansada para pensar con claridad.

Arrastró los pies descalzos por la cama para dejarlos caer al suelo y dio un par de pasos vacilantes, como si fuera un potro recién nacido. Paseó la mirada por la habitación buscando algo que pudiera utilizar como arma y no tardó mucho en posar los ojos en un Colt de acción simple del ejército de 1873 que estaba sobre la mesilla de noche, con su cuerpo de acero resplandeciente a la luz de la lámpara. Lo agarró sin pensárselo dos veces y se sintió un poco mejor al sentir su peso en las manos. Su padre tenía debilidad por los Colt y siempre tenía uno debajo del mostrador de la bodega, junto con una escopeta. Ernesto Garcia siempre les repetía a Adelita y a sus dos hermanas gemelas mayores que las armas deberían estar prohibidas en cualquier país civilizado del mundo. Como también comentaba a menudo, Estados Unidos estaba lejos de ser una nación civilizada. Ernesto insistió en que sus hijas recibieran clases de tiro.

Adelita comprobó que el arma estuviera cargada y se dirigió trabajosamente hacia el cuarto de baño para intentar ver quién era el extraño antes de dejarse ver. Echó un vistazo por el resquicio de la puerta y vio otro revólver apoyado en el

lavabo como si fuera un bote de espuma de afeitar. Al lado del grifo, donde debería haber estado el jabón, había una botella medio vacía de Jack Daniel's.

Al fondo del cuarto de baño había un tipo blanco sentado. Adelita se fijó en que no era especialmente alto; debía medir alrededor de un metro setenta y cinco, solo tres o cuatro centímetros más que ella. Llevaba el torso desnudo, era delgado y de espaldas anchas. Adelita podía contarle las costillas y distinguir sus músculos debajo de la piel. Lo que no tenía de alto lo tenía de fuerte, y era joven. Como mucho tenía treinta años, diez menos que ella. Llevaba puestos unos pantalones negros que le caían por debajo de la cintura lo justo para no dejar a la vista su trasero. En el suelo había una camisa también negra con insignias doradas en los hombros, y junto al lavabo estaban tiradas unas botas relucientes. El hombre llevaba el pelo rubio casi rapado. Incluso semidesnudo, tenía un inconfundible aire militar.

Era un centinela.

Rubio torció el torso para poder ocuparse de la herida que tenía en el costado, cerca de la cadera. Parecía a todas luces una herida de bala. Estaba intentando cosérsela, pero el lugar le dificultaba la tarea. Adelita había atendido suficientes víctimas de disparos en urgencias para saber que el tipo había tenido suerte, aunque él probablemente no era consciente de ello. Hasta las heridas de bala más superficiales dolían a rabiar. Rubio volvió a gruñir y agarró con una mueca de dolor la botella de Jack Daniel's que estaba en el lavabo.

Adelita empujó la puerta con el pie descalzo.

—¿Quién cojones eres?

Levantó la pistola en el mismo momento en el que él se daba la vuelta. En cuanto vio su cara, los recuerdos inundaron automáticamente su cabeza y le saturaron los sentidos.

El centinela rubio corría hacia ella.

Adelita bajó el brazo con el que empuñaba la pistola y retrocedió tambaleándose hacia el marco de la puerta principal de la habitación para estabilizarse.

Tenía la sensación de que todo transcurría como si le hubiera dado al botón de avance rápido, como si estuviera moviéndose superrápido entre dos planos de la realidad.

Rubio atravesó el cuarto en dirección a ella.

—¡No!

La advertencia de Adelita llegó tarde, aunque Rubio no hizo ningún ademán de querer quitarle la pistola de las manos. En cambio la agarró por la cintura para ayudarla a mantener el equilibrio y un torrente de imágenes le cruzó la mente.

Su puño, brillante como un faro.

Rubio, que caía al suelo al recibir el impacto de un rayo de luz blanca como si lo hubiera golpeado un ariete.

Adelita se lo quitó de encima y volvió a apuntarlo con la pistola, con el dedo apoyado en el gatillo. Se fijó en los finos regueros de sangre seca en la oreja de Rubio y en su labio partido, y vaciló cuando la clarividencia irrumpió en su cerebro.

—Yo te he hecho eso.

Rubio asintió.

—... Estaba en la cárcel.

—Ajá. Nuestra Señora de Nazaret, Texas.

Adelita se echó a reír cuando comprendió lo que pasaba.

—Me he fugado de la cárcel. ¡Y el rehén no soy yo sino tú!

Rubio hizo una mueca.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—¿No crees que si yo fuera tu rehén habría escapado mientras dormías y habría vuelto con un grupo de centinelas?

Adelita unió mentalmente los puntos. Rubio tenía razón.

—Entonces... Escapé... y tú viniste conmigo.

—Ajá.

Rubio se apartó de ella, tambaleándose ligeramente, aunque Adelita no sabía si se debía al bourbon o al dolor. Se inclinó sobre el lavabo apoyándose con las dos manos, claramente exhausto. Adelita todavía no se explicaba la situación. ¿Por qué un centinela escaparía de una cárcel de máxima seguridad con una bruja? Él era libre. Podría haberse marchado de la cárcel

por su propio pie al terminar su turno. No tenía ninguna necesidad de estar allí con ella.

—No te muevas —espetó Adelita intentando dar a su voz un tono amenazante.

Pero Rubio se quedó mirando a los ojos a Adelita reflejada en el espejo del cuarto de baño.

—Los dos sabemos que no vas a dispararme. Gracias, por cierto.

Adelita, visiblemente incómoda, también miraba el reflejo de Rubio en el espejo.

—Esto... No hay de qué.

Se vio a sí misma en el espejo mientras bajaba el arma y reparó en que solo llevaba puesta la ropa interior, de manera que estaba casi desnuda. A Rubio no parecía preocuparle el hecho de que él también estuviera prácticamente desnudo. Podrían haber pasado por un matrimonio que se había lanzado en un viaje por carretera improvisado y con escaso presupuesto, durante el cual ella había perdido el conocimiento y él había recibido un disparo. Entre ellos había una complicidad que Adelita no podía explicarse. Aun así, había una cosa que necesitaba saber.

—¿Dónde cojones está mi ropa?

El centinela hizo un gesto burlón de rendición con las dos manos levantadas.

—Yo no he tenido nada que ver en eso. Te quitaste el uniforme de presidiaria en el asiento trasero del coche y lo tiraste por la ventana.

Adelita se quedó pensativa un momento y dejó de lado el asunto. Sonaba a algo que podría haber hecho. Había llegado a odiar el material del que estaba hecho el uniforme, que le provocaba picores, y el color morado que la señalaba como bruja y que la distinguía del resto de las reclusas, las «matronas», y sus uniformes de color naranja. La palabra, utilizada en la época colonial para referirse a una madre de familia, respetable y noble, ahora designaba a las mujeres que no eran brujas. En cualquier caso, el nombre era de lo más equivocado para describir a las presidiarias con las que había estado encerrada. En

Nuestra Señora había convivido con asesinas y pandilleras. El único delito de Adelita había sido el de existir, el de pertenecer a una familia con una magia poderosa.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Rubio se abrochó el cinturón y se sentó en el borde de la bañera. El cerebro de Adelita resolvió el rompecabezas por ella antes de que tuviera tiempo de responder. Dentro de su cabeza se sucedieron sonidos e imágenes fragmentados. En el polvoriento patio de la cárcel, bajo el inclemente sol texano: un guijarro con una veta de cuarzo. Adelita no se creía lo que había visto; todos los días se barría la cárcel en busca de piedras, por si acaso. Ella lo había recogido del suelo.

—Va por ti, madre —había susurrado a la mano cerrada.

Entonces una luz blanca había surgido de su puño con la fuerza de un rayo.

Miró a los ojos al centinela.

—¿Dejaste la piedra en el patio de la cárcel para que yo la encontrara?

Rubio asintió de nuevo e hizo una mueca como confesando su culpabilidad.

—¿Cómo sabías que funcionaría?

Él se encogió de hombros.

—No lo sabía. Tenía la esperanza de que lo hiciera.

—De todas maneras habría acabado encontrando una manera de escapar de allí.

—Lo sé. —El centinela sonrió—. Solo quería acelerar el proceso... Poner en marcha el engranaje.

Adelita frunció el ceño con recelo.

—¿Por qué? ¿Qué sacas tú de esto?

Rubio dio otro trago a la botella de Jack Daniel's y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Estoy harto de vivir en el lado equivocado de la historia.

Adelita se quedó pensando en su respuesta mientras observaba el tatuaje que Rubio tenía en el pecho, en el que el planeta Tierra estaba representado como la pupila de un ojo rodeado por la máxima latina «*Si vis pacem, para bellum*». «Si quieres la paz,

preparate para la guerra.» Así veían el mundo los tipos como él; todo era blanco o negro, bueno o malo, solo había vencedores y vencidos. Y él había estado en el bando de los vencedores. En algún momento de su vida debía haber cambiado de opinión.

—Deberíamos recoger las cosas.

—¿A dónde vamos?

—Deja que yo me preocupe de eso por ahora.

Adelita repasó mentalmente todo lo que había sucedido y evaluó sus posibilidades. ¿Qué alternativa tenía? ¿A dónde podía ir? No se le ocurrió nada. No tenía dinero. Ni ropa. A estas alturas, seguramente su cara estaría en todas partes, y era bastante probable que incluso estuviera circulando una orden de ejecución contra ella. Si volvían a enviarla a Nuestra Señora, su siguiente destino sería el Patio B, donde freían a las brujas más problemáticas. Solo de pensarlo se le revolvió el estómago. No podía regresar allí. Nunca volvería; algo en su interior le decía que antes moriría. Le parecía extraño, y desconcertante, que aquel tipo quisiese ayudarla; no se le ocurría una razón para que el centinela de un centro penitenciario ayudara a fugarse a una bruja. Tendría que creer en su palabra, al menos de momento.

—Eso de ahí está fatal —dijo Adelita señalando los puntos en el costado del centinela—. Déjame a mí. Soy médica... O lo era.

Rubio sonrió.

—¿Ah, sí?

A Adelita le hirvió la sangre.

—¿Por qué te sorprende tanto?

—Tienes demasiadas habilidades callejeras para ser una dama que ha ido a la universidad. En la cárcel te observaba por el circuito cerrado de televisión. No te dejabas intimidar por nadie.

—Porque las mujeres solo pueden ser una cosa, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

Rubio volvió a sentarse en el borde de la bañera y Adelita se arrodilló a su lado. Él se estremecía cada vez que ella le arrancaba

una de las puntadas chapuceras que se había dado. Había pasado mucho tiempo de su época de médica residente en uno de los hospitales con más actividad de Nueva York, y hacía dos años que no ejercía como médica. Sin embargo fue como si no hubiera pasado el tiempo. Agarró la botella de bourbon y, sin avisar, echó un chorro en la herida. Rubio aulló como un chihuahua y se aferró con una mano al lavabo apretando los dientes.

—Es demasiado incluso para un tipo duro como tú.

—Nunca he dicho que sea un tipo duro.

Adelita esbozó una sonrisa de satisfacción mientras enhebraba la aguja.

—Voy a darte unos puntos nuevos, así que tardaré un rato. ¿Quieres morder un trozo de madera u otra cosa para el dolor, debilucho?

Su cara pálida y ojerosa se reflejaba en el espejo.

—Tu tacto con los pacientes deja mucho que desear.

—Lo mismo podría decirse de tu botiquín de primeros auxilios. Sabías que el yodo es más barato que el bourbon, ¿verdad?

Adelita sonrió y miró de soslayo a los ojos de Rubio reflejados en el espejo que había encima del lavabo, pero la camaradería entre ellos se evaporó abruptamente en cuanto se recordó que aquel desconocido era, o al menos había sido, un centinela, uno de los hombres responsables del giro que había dado su vida.

Rubio, como si se hubiera percatado de la tensión que se respiraba repentinamente en el ambiente, forzó una sonrisa.

—Por cierto, me llamo Ethan.

—Adelita.

No sabía a qué estaba jugando aquel centinela. Su madre les había inculcado a ella y a sus hermanas la necesidad de actuar con cautela en presencia de hombres blancos, y sabía por experiencia que era una precaución fundamentada. Rara vez hacían un favor a cambio de nada.

Volvió a concentrarse en los puntos.